

LA SAGA DE LOS  
HABSBURGO





Jean des Cars

LA SAGA DE LOS  
HABSBURGO

Traducción de Silvia Kot



Des Cars, Jean

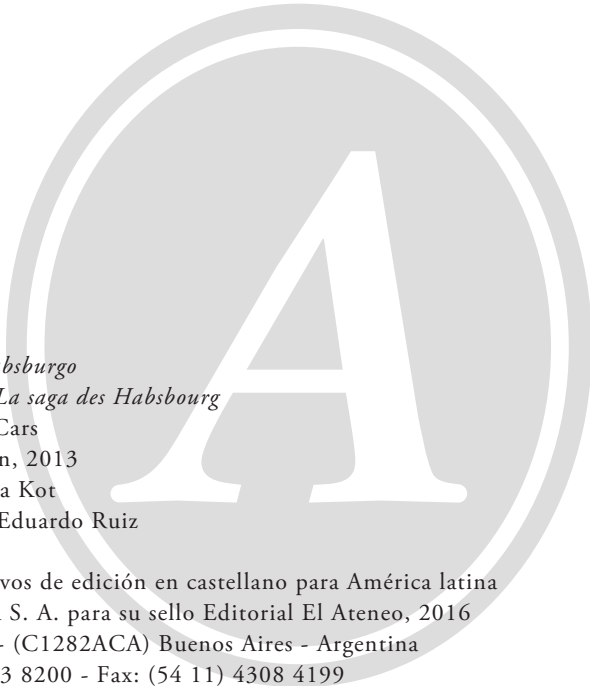
La saga de los Habsburgo / Jean Des Cars. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2016.

512 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Silvia Kot.

ISBN 978-950-02-9881-0

1. Historia de Familias. 2. Historia. 3. Europa. I. Kot, Silvia, trad. II. Título. CDD 929.2



*La saga de los Habsburgo*

Título original: *La saga des Habsbourg*

Autor: Jean des Cars

© Editions Perrin, 2013

Traductora: Silvia Kot

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2016

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: abril de 2016

ISBN 978-950-02-9881-0

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en abril de 2016.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

# Índice

Introducción .....	11
Prólogo. Siete siglos de conciencia europea .....	15
1. Los fundadores obstinados: de Rodolfo I a Alberto II (1273-1439).....	23
2. Federico III, el perezoso visionario (1440-1493) .....	47
3. Con Maximiliano, los matrimonios agrandaron el Imperio (1493-1519).....	57
4. Carlos V, el emperador universal (1519-1558).....	87
5. Felipe II, el austero Habsburgo de España (1556-1598).....	167
6. Rodolfo II, el emperador alquimista (1576-1612) .....	215
7. De Felipe III a Carlos II, las paradojas del Siglo de Oro (1598-1700).....	227
8. Carlos VI o el rechazo de la fatalidad (1711-1740) .....	255
9. El mundo de María Teresa (1740-1780) .....	269
10. De José II a Francisco II, del Sacro Imperio al Imperio de Austria (1780-1804) .....	311
11. De Austerlitz a Waterloo, enemigos en familia (1804-1815).....	341
12. Del despotismo familiar al despertar de las nacionalidades (1815-1848).....	377
13. Francisco José, soberano por deber (1848-1916).....	399

14. Carlos, el soldado de la paz (1916-1918) . . . . .	471
15. Otto, el heredero que le dijo “no” a Hitler y a Stalin . . . . .	485
Agradecimientos . . . . .	507



Para Victoria, por supuesto...  
Y para Hortense.







# Introducción

“La historia está llena de majestades individuales, pero los Habsburgo son la majestad dinástica. Elevarse desde la posesión de un torreón suizo hasta la dominación del mundo, saber durar diez siglos, conseguir prolongar el feudalismo hasta nuestros días, constituyó una extraordinaria aventura.

”Ser no ya una familia, representar no ya un país sino una mezcla de naciones, ser los amos de la mitad de Europa y una gran parte de América, llevar una corona aún más pesada que la del Imperio británico, y pasear al mismo tiempo por el Prater, con un paraguas bajo el brazo, es un espectáculo que ya no se volverá a ver.

”Había en ellos un maravilloso equilibrio entre la majestad y la sencillez.

”Están ubicados en la entrada de la historia como los porteros vieneses, antaño, frente a la puerta de los palacios, en verano, con su pantalón blanco y su bastón de sargento primero.

”Al desaparecer, los Habsburgo se llevaron su país a la tumba. Frente a nosotros, solo queda una cabeza sin cuerpo: Viena. Los Habsburgo eran Austria”. (Paul Morand, *La dama blanca de los Habsburgo*).

Hasta 1804, no se puede hablar, ni en lo político ni en lo jurídico, de un solo “Imperio de Austria”, porque los Habsburgo reinaban sobre un conglomerado de posesiones repartidas entre las coronas de Hungría, Bohemia y Polonia (el sur, a partir de 1772, en la

primera partición), y de los Estados hereditarios entre los cuales Austria no era más que una provincia bajo el nombre de ducado o archiducado. Se puede admitir que, por su posición geográfica, esta provincia fuera “el armazón de la base política de los Habsburgo”.

Esta situación central explica que se reduzca por lo general –y erradamente– su dominio a la Austria que nosotros conocemos. Durante los siglos anteriores, se agregaron a la Austria originaria otros Estados europeos, que, por la extensión del Sacro Imperio Romano Germánico, los Habsburgo dominaron o recibieron como herencia, más o menos impugnada, durante más o menos tiempo: Toscana, Lombardía, Venecia, Países Bajos. Hasta 1918, la soberanía de los Habsburgo se extendió sobre la totalidad o parte de trece Estados europeos actuales: Austria, República Checa, Eslovaquia, Polonia, Ucrania, Rumania, Hungría, Serbia, Croacia, Bosnia, Montenegro, Eslovenia e Italia.

En este contexto histórico, también hay que ser cuidadoso con el significado de la palabra “alemán”. En el Imperio de los Habsburgo, un alemán era un súbdito austríaco de lengua y cultura alemanas, como también había minorías germánicas en Bohemia, Moravia, Eslovenia y Croacia. Algunos alemanes de Austria no apreciaban a los alemanes del Reich y otros detestaban a los prusianos. En cambio, otros eran partidarios de las relaciones estrechas con sus vecinos. El idioma en común, con sus variaciones de acentos y dialectos, constituía un vínculo. O era un motivo de susceptibilidades, burlas y distancia.

Como había sucedido con la división del Imperio romano, la fragmentación del Imperio de Carlomagno fue la clave de las fracturas y los antagonismos europeos. El día en que el Imperio se sustrajo a los Habsburgo, se volvió alemán.

Entre Francia y Austria, era difícil entenderse. Fueron más de cuatrocientos años de desconfianza, guerras, cambios de alianzas, mentiras y manipulaciones. Austria tuvo más simpatía por Francia que a

la inversa. Los Habsburgo encarnaron sin duda el más antiguo antagonismo entre una dinastía y los diversos regímenes políticos franceses, porque, hasta 1806, simbolizaron, mayoritariamente, al Sacro Imperio Romano Germánico, disuelto en ese momento por Napoleón, es decir, mucho más que la idea territorial de Austria que, por una cómoda reducción, tenemos en la actualidad.





## Prólogo

# Siete siglos de conciencia europea

Si hay una dinastía que encarna a Europa, es la de los Habsburgo. En 1919, la caída de los imperios, y luego una arbitraria división geográfica, dictada por una ideología ciega, eliminaron del poder a antiguas y poderosas familias, como los Romanov, los Hohenzollern y los Habsburgo, culpables de haber sido vencidas o derrocadas por revoluciones. Después de reinar durante siglos, los borraron del mapa, los asesinaron o debieron exiliarse. Pero mientras que las casas imperiales de Rusia y de Alemania debieron conformarse, según los casos, con nostalgias silenciosas, lamentables acuerdos o rehabilitaciones tardías, tan sorprendentes como diversas, los Habsburgo resistieron a su eliminación e incluso al ostracismo que les impusieron. Aunque debieron atravesar dificultades y experiencias humillantes, lograron vivir, recuperar su imagen, volver a existir, hacer respetar su nombre antes de la década de 1940 y ocupar un lugar tanto en la memoria de la vieja Europa como en la nueva construcción europea: esto es, sin duda, algo excepcional.

¿Qué memoria? ¿Qué lugar? Al principio, ocultos y discretos, pero luego fueron espectaculares y suscitaban nuevos debates, incluso fuertes polémicas, especialmente en la Austria y la Francia republicanas. Constituyó una lucha por la justicia y una verdad incómoda, durante casi noventa años.

El Tratado de Versalles del 28 de junio de 1919, firmado en la Galería de los Espejos, en el mismo lugar en que se había proclamado el

Imperio alemán el 18 de enero de 1871, era muy severo. Los Aliados, vencedores, representados por Clemenceau por Francia, Lloyd George por el Reino Unido, Wilson por los Estados Unidos y Orlando por Italia, le impusieron a la Alemania de Guillermo II, el káiser, estrictas condiciones territoriales, económicas y militares.

La intransigencia de esas cláusulas sería denunciada por un austríaco de nacimiento, Adolf Hitler, que convirtió al *diktat* de Versalles en uno de los temas fundamentales de su conquista del poder y de su política. Una circunstancia agravante fue que no invitaron a la Alemania derrotada, cuyo destino estaba en juego, a la mesa de negociaciones. Fue un error. Como se sabe, las ilusiones de paz, forjadas en nombre de la fraternidad, pronto se diluyeron en una trágica realidad de la que Hitler, por supuesto, y también Stalin sabrían sacar provecho, para desgracia de decenas de millones de hombres, mujeres y niños.

Algunas de las consecuencias desastrosas de los demás tratados que se firmaron en la engañosa euforia de la victoria, causaron heridas que siguen abiertas y generaron rencores persistentes que aún pueden observarse y no parecen estar cerca de solucionarse. Por ejemplo, el Tratado de Trianon, firmado el 4 de junio de 1920, le amputó a Hungría las dos terceras partes de su territorio, cedidas parcialmente a nuevos Estados: Yugoslavia y Checoslovaquia. Millones de húngaros se convirtieron en rumanos o eslovacos, y en 2010, las reivindicaciones del gobierno de Budapest, en ese momento a cargo de los conservadores, provocaron nuevos disturbios y reclamos, especialmente el 4 de junio, en el 90° aniversario de ese nefasto tratado. Esas tensiones estaban justificadas: los delegados de 1919 y 1920 no supieron leer el mapa etnográfico de Europa e ignoraron sus realidades geográficas. Además, el Tratado de Saint-Germain-en-Laye, del 10 de septiembre de 1919, le adjudicaba el Tirol del Sud y el Trentino a Italia, una decisión que aún hoy suscita odios, frustraciones y fricciones, sobre todo lingüísticas, en la vida política italiana. Esos diplomáticos

vestidos de etiqueta se admiraron demasiado a sí mismos en los espejos de los castillos que rodean a París, donde desmembraron el cadáver de Austria-Hungría. El Imperio otomano sufrió el mismo destino: todos se disputaban sus despojos y, en el tiempo que lleva fumar un habano, se dibujó un nuevo Estado en el mapa. Esos presidentes y ministros deberían haber recordado dos declaraciones fundamentales y complementarias. Una de Napoleón: “En historia, manda la geografía”; la otra, de Bismarck: “De todos los datos de la historia, la geografía es la única que no cambia nunca”. Contrariando esta evidencia, se cortaron algunas ciudades en dos, por ejemplo, la húngara Komárom, cuya parte eslovaca, Komárno, está del otro lado del Danubio, con los antagonismos que podemos imaginar...

Por lo tanto, Versalles y las convenciones relacionadas con él no fueron más que una ilusión, reemplazada unos diez años más tarde por las dictaduras. Y ese espejismo despreció los nacionalismos de Europa central. Por esta razón, Clemenceau nunca tuvo ni tendrá una estatua, ni una calle o un plaza con su nombre en Budapest, como me lo señaló, poco después de la caída del muro de Berlín, Imre Pozsgay, primer jefe del gobierno de la Hungría poscomunista.

¿Y qué pasó con Austria tras su derrumbe? Reducida a la novena parte de su antigua superficie imperial del tiempo de la doble monarquía austrohúngara, quedó reducida al mínimo indispensable. “¿Austria? Es lo que queda”, según la cínica expresión de Clemenceau. En 1815, durante el Congreso de Viena, Talleyrand, más lúcido, había advertido: “No destruyamos nunca Austria. Es la muralla de Europa”. En 1920, mientras Viena contraía una “fiebre roja”, como Berlín y Petrogrado, y se convertía en una municipalidad socialista hasta 1934 (mientras el sentimiento monárquico aún permanecía muy vivo en el país reducido), comenzó un largo y doloroso exilio para los Habsburgo. No se habló tanto de esto porque los Habsburgo no sufrieron el destino de los Romanov, asesinados por los bolcheviques. Fue un dolor

distinto el que sufrió Carlos I, el último emperador de Austria, forzado a retirarse del poder. No fue una abdicación, sino un retiro de la acción política. El último monarca Habsburgo firmó con lápiz su renuncia al trono en un salón del Palacio de Schönbrunn, el 11 de noviembre de 1918 al mediodía. Se refugió en Suiza y siguió siendo el rey Carlos IV de Hungría: intentó dos restauraciones de la monarquía en Budapest, que fracasaron. Acompañado por su esposa Zita y sus hijos, fue confinado a Madeira. El sobrino nieto de Francisco José era un hombre de paz que lo intentó todo para detener la matanza. Ferviente cristiano, interesado en el progreso social, este innovador fue incomprendido. Desde entonces, él y los suyos debieron sobrevivir sin recursos. La familia imperial afrontó con dignidad esa difícil situación, en medio de la indiferencia de los vencedores. El ex monarca murió en Madeira el 1º de abril de 1922, de neumonía, sin atención médica, mientras su esposa Zita estaba embarazada de su novena hija. Carlos falleció en la miseria, a los treinta y cuatro años, pronunciando el nombre de Jesús. Para Zita, sostenida por su fe y una valentía ejemplar, siguió el calvario del olvido, del desprecio y del odio. Cuando, tras una serie de increíbles peripecias, que incluyeron amenazas de muerte, la última emperatriz y reina de Austria-Hungría –que había sucedido a la mítica Sissi en esa función– regresó finalmente a Viena, el 10 de noviembre de 1982, el mundo había cambiado otra vez. Después de los tratados de Roma, en 1957, la nueva Europa se buscaba a sí misma, se construía trabajosamente, mientras el universo comunista se resquebrajaba poco a poco en el fracaso después del terror y la represión, sobre todo, la de Hungría. La otra Europa, la anterior a 1914, reapareció en la primera plana de los diarios en la persona de esa pequeña mujer vestida de negro, una gran dama del pasado. Un espectro que muchos creían desaparecido, un fantasma digno del talento magistral del biógrafo Stefan Zweig. Miles de jóvenes llevaban chaquetas con el escudo de armas de los Habsburgo y cantaron *Gott erhalte*, el antiguo himno imperial. Zita



incluso le quitó protagonismo a Leonid Brézhnev, que acababa de morir. Seis años más tarde, el 1º de abril de 1989, la enorme multitud que asistió a su funeral en Viena demostró que la mayoría de los austriacos, a pesar de algunas voces discordantes, se reconocía en la difunta. Viena recuperó su memoria. Era la Austria antigua la que inhumban en la Cripta de los Capucinos, o Cripta Imperial de Viena. Varios países transmitieron en directo por televisión esa ceremonia de otros tiempos. En 2004, al cabo de un proceso comenzado medio siglo atrás, el papa Juan Pablo II beatificó a Carlos de Habsburgo-Lorena porque “vivió como un santo y murió como un santo”. Y, como condición imperativa, la Iglesia le atribuyó un milagro: la curación, sin explicación científica, de una religiosa. Algunas impugnaciones no impidieron que un Habsburgo fuera oficialmente declarado “beato”, y que su retrato, gigantesco, fuera exhibido en un balcón de San Pedro de Roma. Luego, empezó a instruirse un legajo de beatificación de Zita.

Millones de personas, sorprendidas o emocionadas, se enteraron de las manifestaciones que rodearon a la última pareja imperial. Muchos se asombraron al saber que durante su breve reinado, desde la muerte de Francisco José hasta el armisticio, de 1916 a 1918, Carlos I y Zita fueron honrados en quince idiomas y les rezaban los fieles de cinco religiones.

Pero entre su alejamiento de la escena pública y su retorno, ¿qué fue de los Habsburgo? ¿Qué pasó desde 1920 hasta 1980?

Resistieron. Con dignidad y sencillez, y enfrentando una situación material precaria. Pero también, y quizá sobre todo, con el presentimiento de que era inevitable una nueva guerra, y por lo tanto, una nueva fragmentación europea. Fue el hijo mayor de Carlos y Zita, el archiduque Otto, nacido en 1912, quien enfrentó el desafío más audaz para un hombre que llevaba un nombre tan importante. No se limitó a honrar su ilustre patronímico, sino que le dio un nuevo sentido. Fue un hombre muy inteligente, un visionario, un observador

notablemente informado, que hablaba siete idiomas, despertaba simpatía y luego afecto, y tuvo la valentía de prevenir a los amos del mundo de que el amo de Alemania quería la guerra, su revancha por el Tratado de Versalles, y que no descansaría hasta dominar y aplastar a Europa. En 1933, en Berlín, Hitler trató de encontrarse con el joven archiduque, que no tenía ningún deseo de conocerlo y quien diría: “Es el único hombre con el que nunca quise conversar”. Después de leer *Mein Kampf*, Otto sabía que su autor detestaba a los Habsburgo, cuyo Imperio había sido un mosaico de pueblos y religiones. Después del fracaso de un nuevo intento de Goering para concertar un encuentro, el 20 de abril de 1938 se emitió una orden de arresto contra el archiduque por “alta traición”, porque Otto había pedido la ayuda de potencias extranjeras para impedir el *Anschluss*, la anexión de Austria al Tercer Reich. La prensa de lengua alemana lo presentó entonces como “un vástago degenerado de los Habsburgo” y un “criminal en fuga”. Para vengarse, Hitler le dio al *Anschluss* un nombre en clave significativo: “Operación Otto”, justamente como el aristócrata que se había opuesto a la dictadura nacionalsocialista.

Pocos escucharon a este hombre de ideas político-diplomáticas agudas que, tras decirle tres veces “no” a Hitler, huyó de sus comandos, que lo perseguían, y se convirtió en su pesadilla. Más tarde, Otto se enteró de que Hitler había ordenado matarlo en cuanto lo encontraran. Entre los escasos políticos que comprendieron la advertencia del heredero de la Casa de Austria estaba el francés Georges Mandel, diputado de derecha y luego ministro. Su apoyo al archiduque no deja de ser extraño, cuando se sabe que Mandel era jefe de Gabinete de Clemenceau en 1919 y, por lo tanto, había participado en la destrucción política de Austria-Hungría. Refugiado en París en la primavera de 1940, el archiduque logró organizar la huida, vía España, de muchos austríacos católicos, de judíos, de comunistas e incluso de ex integrantes de las Brigadas Internacionales que habían luchado en la

Guerra Civil española. El 11 de septiembre de 1940, Otto llegó a los Estados Unidos y fue recibido por el presidente Roosevelt. Permaneció en ese país hasta 1944. No se puede olvidar la manera en que el exiliado se presentó antes las autoridades norteamericanas. ¿Identidad? “Otto de Austria, duque de Bar”: una referencia a la Lorena de sus antepasados. ¿Actividad? “Trabajar por la liberación de mi patria”. ¿Nacionalidad? Él mismo me lo contó: “Europea”. ¡Una declaración que dejó perplejos a los aduaneros y a los policías estadounidenses!

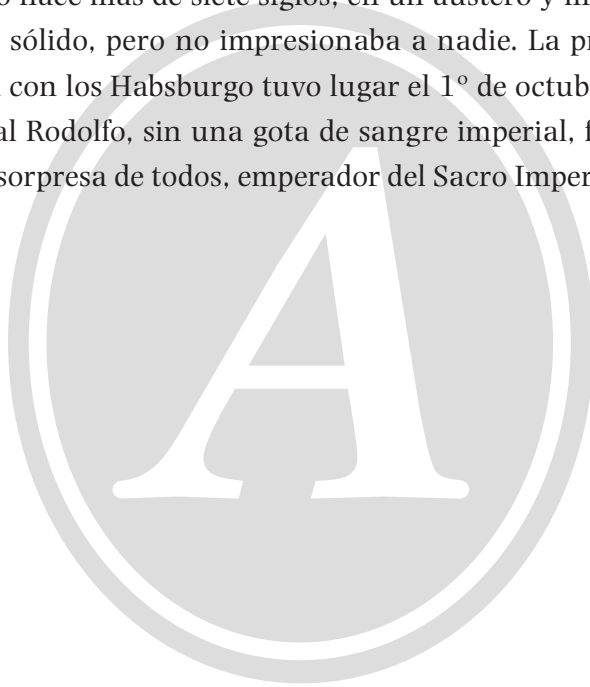
Después de la guerra, Austria y Viena permanecieron ocupadas hasta 1955, y el archiduque Otto, emblemático diputado europeo durante veinte años con el modesto nombre de “Dr. Habsburg”, pudo devolverles definitivamente a los Habsburgo una situación digna, con honor. Sus libros, sus editoriales, sus conferencias y sus charlas lo convirtieron en el faro de la identidad europea. Sus hijos y sus sobrinos siguieron ese camino, activos y presentes en muchos terrenos. ¿Un prestigio restaurado? Sin duda, ya que personajes tan diferentes como el general de Gaulle (a quien admiraba) y el presidente Mitterrand, pasando por el canciller Kohl, lo consultaban. Gracias al archiduque Otto, los Habsburgo ya no representaban solo un pasado obsoleto, sino el presente y el porvenir. Los desafíos del mañana no deben ignorar las lecciones del ayer. La familia Habsburgo ya no era solo historia, sino también el presente, y aspiraba a desempeñar un papel en el futuro. Cuando Hungría se liberó del yugo comunista, le pidieron a ese hombre que había tenido, entre otros títulos, el de príncipe real de ese país, que fuera el presidente de la República de Hungría. Otto rechazó el ofrecimiento... ¡en razón de su edad! El archiduque hacía gala de un fino humor. Cuando, a principios de los años ochenta, el Parlamento Europeo, en Estrasburgo, estaba presidido por Simone Veil, una noche alguien le pregunto al “Dr. Habsburg” si vería por televisión un partido de fútbol. Él quiso saber qué equipos jugaban.

—Austria-Hungría, monseñor.

Con una sonrisa, ese hombre de curiosidad universal preguntó:  
—¿Contra quién?

Y este mismo personaje me dijo, cuando ya existía la Comunidad Europea: “Debemos construir rápidamente la Unión Europea”.

¿Por qué? Porque en las venas de este auténtico príncipe de Occidente corre, entre otras, la sangre de Carlos V y porque desciende de la gran emperatriz María Teresa de Austria. Esta prodigiosa aventura comenzó hace más de siete siglos, en un austero y modesto castillo, que era sólido, pero no impresionaba a nadie. La primera cita de la historia con los Habsburgo tuvo lugar el 1º de octubre de 1273 cuando un tal Rodolfo, sin una gota de sangre imperial, fue elegido, ante la gran sorpresa de todos, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.



## Los fundadores obstinados: de Rodolfo I a Alberto II (1273-1439)

**D**omingo 16 de mayo de 2010. En la Suiza alemana, en el cantón de Argovia, a unos cincuenta kilómetros al oeste de Zúrich, el castillo de los Habsburgo sirve como escenografía para una manifestación singular: el retorno a las fuentes de una formidable historia que es, en muchos aspectos, la historia misma de Europa. Vestidos con trajes de la Edad Media, algunos narradores, historiadores locales y enamorados del pasado reviven los grandes momentos y los pequeños secretos de un monumento emblemático. Durante cinco horas, algunos hablan de los personajes que dieron origen a un destino excepcional, otros relatan pormenores de las costumbres de aquellos tiempos lejanos, señalan algún lugar entre los campos, los bosques y la red vial, se entusiasman frente a tal o cual detalle arquitectónico. En un clima sereno, se reúnen las leyendas y los hechos comprobados. En esta Noche Europea de los Museos, ese antiguo feudo restaurado vuelve a ocupar su lugar en un pasado agitado. A la bandera suiza que flamea en lo alto de la torre, le han agregado un estandarte que representa a un león, erguido sobre sus patas traseras, considerado el primer emblema de los Habsburgo. Los visitantes avanzan lentamente, fascinados. Aquí aparece una escalera de madera, allí se abre un sótano: se ven cuatro amplias habitaciones principales y una exposición destaca las etapas de la reconstrucción del monumento. La fortaleza, deteriorada, descuidada durante siglos –extraña falta de interés, cuando la dinastía gozaba de un prestigio sin precedentes–, fue objeto de un primer salvataje en

1866. Había sido una decisión de su propietario desde 1804, el cantón suizo de Argovia, refundado en ese comienzo del siglo XIX.

Hubo otras restauraciones entre 1897 y 1996. Además de las excavaciones arqueológicas, se renovaron las instalaciones para hacer más fáciles los accesos, y en el proceso se descubrieron muchas cosas, como una muralla cuyo espesor (1,90 m) demostraba su carácter defensivo, y un pozo, lleno a medias, de una profundidad calculada en sesenta y ocho metros. En cambio, los restos de la capilla, destruida en 1680 y que debía tener dos pisos, aún no se habían identificado a principios del siglo XX. Aquel domingo de primavera de 2010, las amables conversaciones prosiguieron durante una colación medieval servida en las cuatro salas del albergue preparado detrás de los viejos muros y en diferentes niveles por la familia Suter, que administra ese famoso restaurante desde 1979. El menú incluyó cordero y lentejas, muy apreciadas. La visita es gratuita. Esa jornada, dedicada al turismo cultural, fue al mismo tiempo un día de recuerdo y la prueba de que la huella de los siglos no se había borrado. Aquí, la memoria estaba viva, mantenida y revitalizada con mucha atención, sobre todo porque más tarde simbolizaría el nacimiento de la identidad suiza en reacción contra la presencia de los Habsburgo. En efecto, para esta dinastía, todo comenzó aquí, al menos en forma oficial, sobre este pico que se erige a quinientos metros al sur del Rin, aproximadamente entre Basilea y Zúrich. Algunos mapas, un árbol genealógico y una instalación en video, realizada por la Escuela de Artes Aplicadas de Lucerna, recuerdan cómo una familia, simbolizada por ese castillo bien situado pero que hoy nos parece modesto, ha podido ser el crisol en el que se forjó un enorme poder político, incluso allende los mares. El linaje de los Habsburgo ha dominado una gran parte de Europa y de América. Esta familia reinó sobre varios mundos y enfrentó grandes conmociones: la cristiandad, el Sacro Imperio Romano Germánico, las angustias del año mil, la resplandeciente Edad Media, los agitados debates del

Renacimiento, la fractura espiritual de la Reforma, las doradas suntuosidades del Barroco, las sutilezas del Siglo de las Luces, las revoluciones de los Estados vecinos, el surgimiento de los nacionalismos, los conflictos armados hasta la conflagración de 1914-1918, esa guerra civil europea que terminó siendo mundial, suicida, y apagó el resplandor de los Habsburgo, destruyó sus Estados y asesinó a la Europa de ayer, la verdadera, como la consideran muchos expertos que no aprecian demasiado la Europa tecnocrática, sin culto de la memoria y anónima de Bruselas.

A la derecha del garaje y del camino, una pequeña cuesta lleva a fragmentos de murallas consolidadas. Desde allí puede verse el castillo de perfil, en su longitud actual, reducida a un centenar de metros. El monumento, que se ajusta a la cima ligeramente inclinada del Wülpelsberg, está compuesto por la torre fortificada y la residencia señorial, pero se articula en tres partes: esto se confirma en una vista aérea. Aunque “es una de las obras fortificadas más grandes de Argovia”, no deja de sorprender, e incluso decepcionar, el aspecto austero de lo que se ve en la actualidad. Sin duda, su ubicación le otorga presencia y se la divisa a gran distancia, pero no se parece en nada a esas construcciones imponentes de Europa que, aun en ruinas, revelan la ambición de una aventura colosal. Sin embargo, no hay que olvidar que, en su origen, esa construcción, como todas las del siglo XI, era principalmente de madera. El castillo fue cambiando, como sus comanditarios y propietarios. No parece amenazar a nadie, no ofrece nada espectacular y sin embargo, en ese *Burg* sólido y nada romántico nació una familia poderosa. Desde el principio, se adueñó del lugar una bonita leyenda concerniente al enigma de su nombre.

## HABÍA UNA VEZ EN SUIZA UN CASTILLO QUE ERA UN REFUGIO DE AVES RAPACES...

Muy cerca de la pequeña ciudad de Brugg, el castillo de los orígenes, edificado hacia el año 1020 por un tal Radbot, se llamó inicialmente Habichtsburg, “castillo de los halcones”, es decir, un refugio de aves rapaces diurnas. Fue un primer nombre novelesco. Desde el amanecer hasta el crepúsculo, las aves giraban en el cielo encima de un torreón y se posaban sobre él. Es posible que algunos halcones fueran adiestrados para la caza. Según la leyenda, Radbot perdió, y luego encontró, uno de sus pájaros en esa roca: entonces consideró que era el lugar ideal para construir allí un *Burg*. Rápidamente, el término Habichtsburg se redujo y se transformó en Habsburg, una palabra más fácil de usar. La ubicación del feudo no era casual. Desde siempre, ese era un cruce de caminos que unía el sur con el norte, Italia con Alemania, el Rin con el lago Lemán. Los romanos habían instalado un campamento en Vindonissa (hoy Windisch) que era, en el primer siglo de nuestra era, el cuartel general de la Helvecia bajo el control de Roma. Los restos de un anfiteatro, en el que entraban por lo menos diez mil espectadores, muestran todavía la importancia de la guarnición, la de la 11<sup>a</sup> legión. Aunque el paisaje fue invadido por las estructuras de la vida moderna, la geografía explica la elección del constructor: nos encontramos en el valle del Aar, un afluente de la margen izquierda del Rin. El río es angosto y se desliza entre los últimos relieves del Jura y la suave pendiente de la meseta suiza. El pico de la montaña es un sitio ideal para afirmar una autoridad, ya que se lo ve de lejos.

Así como en Rusia la dinastía imperial de los Romanov fue precedida por otro linaje, antes de los Habsburgo, la Marca Oriental de Baviera, ampliada con los territorios tomados a los húngaros, había pasado, a fines del siglo x y con el nombre de Ostarrichi, a manos de Leopoldo de Babenberg, primer margrave hereditario de Austria.



Durante ciento sesenta y dos años, de 994 a 1156, varios Babenberg se sucedieron como margraves de Austria. Uno de ellos fijó su residencia en Melk, sobre el Danubio, donde hay en la actualidad una espléndida abadía provista de una de las más bellas bibliotecas de Europa. Otro se estableció cerca de Viena; un tercero, Leopoldo III (1096-1136), canonizado en el siglo xv, envió a sus hijos a estudiar Teología a París y mandó llevar a unos monjes franceses de Cîteaux, vestidos de blanco, a la abadía de Heiligenkreuz, cuyo nombre proviene de un fragmento de la Vera Cruz, traída desde Tierra Santa por un duque de Austria. Esta abadía, cercana a Mayerling, que adquiriría una trágica notoriedad en 1889, presenta varios retratos de los Babenberg. Federico II Barbarroja, emperador en 1250, elevó el margraviato a ducado de Austria, y el nuevo duque estableció su capital en Viena. Otro duque de Austria, Leopoldo V, encerró en el castillo de Durnstein, sobre el Danubio, a Ricardo Corazón de León, al regreso de la tercera cruzada, porque el rey lo había humillado en el sitio de Acre. Entre el final del siglo xii y el comienzo del xiii, su sucesor Leopoldo VI de Babenberg se hizo famoso por su apoyo al comercio y a la vida literaria.

En 1246, Federico el Belicoso –su apodo se debía a sus permanentes disputas con el emperador– murió sin heredero. Fue el último duque de Austria de la Casa de Babenberg. Su desaparición coincidió con la de Federico II de Hohenstaufen, que dejó a Europa central en la anarquía. Ese caos duró veinticinco años y permitió que grandes vasallos, como el rey Otakar II de Bohemia, se apoderaran de varios territorios del sur de Austria, Estiria y Carintia, y pretendieran la corona imperial. ¿Cómo poner fin a esos sangrientos desórdenes? ¿Cómo reducir ese conflicto permanente entre los partidarios del papado (los güelfos) y los del Imperio (los gibelinos), que minaban la vida europea, en particular en los Estados alemanes e italianos? El papa Gregorio X, elegido en 1272, halló la solución provocando la elección de un oscuro noble a quien valoraba por su gran religiosidad: Rodolfo de Habsburgo,

un personaje de origen modesto, a quien nadie temía porque parecía ser un hombre “ni demasiado rico ni demasiado poderoso”. Su rival, Otakar II de Bohemia, lo depreciaba, diciendo que era “un pequeño conde sin dinero”. Los electores reunidos en Fráncfort pensaron que con la elección de ese provinciano no existía ningún peligro de que hubiera una transmisión hereditaria del poder. Enceguecidos por sus maniobras tendientes a apartar a los candidatos demasiado influyentes, y al elegir a alguien que parecía tener un bajo perfil, los siete príncipes alemanes electores se equivocaron. Siempre es un error menospreciar a hombres sin demasiado brillo, creyendo que se los puede manipular. Cuando el candidato fue rápidamente elegido el 1º de octubre de 1273, al cabo de tres días de deliberaciones, el obispo de Basilea, que tuvo conflictos con ese Habsburgo y pudo comprobar su combatividad, declaró: “Dulce Señor Dios: aférrate bien a tu trono, pues de lo contrario pronto Rodolfo se sentará en él”. Esta frase era ingeniosa, pero estaba bien fundamentada: los que se burlaban de la capacidad política de Rodolfo incurrieron en un increíble error de juicio. La elección de este hombre de cincuenta y cinco años, nacido en 1218, terminó con el agitado período que se denominó el Gran Interregno, iniciado en 1254, con la extinción de los Hohenstaufen, que se extendió durante diecinueve años llenos de conmociones.

### **RODOLFO IV, ASTUTO, EXPERTO EN INTRIGAS, FUE UN PRECURSOR DE LUIS XI**

El origen de la familia de Habsburgo se sitúa en Alsacia, donde sus nobles fundaron algunas abadías. Uno de ellos habría sido obispo de Estrasburgo, y además, protector de pintores y escritores. También se encuentran algunos ascendientes en Suabia. Estos tenían tierras en Argovia, en particular su feudo histórico, el famoso castillo de

Habsburgo anteriormente mencionado, cuya sencillez es engañosa: durante el último tercio del siglo xi, la fortaleza se alargó y duplicó su volumen con la construcción de un segundo castillo. Hábil negociador, Rodolfo supo sacar partido de las disputas familiares, incluso de las más insignificantes. Fue especialmente eficiente para recibir herencias y negociar matrimonios convenientes. Poco a poco, sus dominios se extendieron desde el lago de Constanza hasta los Vosgos y desde el San Gotardo hasta la Selva Negra. Él los llamaba sus “tierras altas”. Las convirtió en una Austria en expansión. Varias ciudades helvéticas lo eligieron como “protector” y la ciudad de Zúrich le confió incluso el mando de sus soldados. Venció en innumerables conflictos y demostró sus cualidades de hábil administrador y financista eficaz. Decían que era avaro porque él mismo remendaba su ropa: esta prudencia divertía a algunos y tranquilizaba a otros.

No era nada obstinado: era realista. Calculador, experto en intrigas y digno precursor de Luis XI, sabía que un arreglo era preferible a una lucha interminable. Actuó mucho en Italia, perfecto caballero junto a Federico II, y su fe, sincera, hizo que el Papa lo apoyara como pretendiente al trono, por consejo del arzobispo de Maguncia. Rodolfo de Habsburgo era un hombre importante y lo rodeaba un prestigio tan grande que nos preguntamos cómo pudieron considerarlo los electores imperiales, mayoritariamente, como un peón al que podrían manejar.

Inmediatamente después de ser elegido –es posible que comprara algunos votos...–, el nuevo “rey de Germania” se dirigió a Aix-la-Chapelle. Él y su esposa, Gertrudis de Hohenberg, con quien se había casado en 1245 (esto le aportó tierras, especialmente en la alta Alsacia), fueron coronados el 24 de octubre. Aunque no fue el Papa quien le confirió la dignidad imperial, desde ese momento se lo consideró, *de facto* aunque no *de jure*, como el emperador, el soberano de un conglomerado de Estados gobernados por príncipes turbulentos. El Sacro Imperio no era una monarquía absoluta sino una especie de contrato

asociativo para regular la vida en común, cuyo jefe se imponía sobre todos los demás soberanos europeos. Era un mundo unificado por la fe cristiana, un acuerdo supranacional: en su coronación, el monarca se revistió con los hábitos de un obispo y comulgó bajo las dos especies, como un sacerdote. Luego, la multitud dio su consentimiento a la elección. De modo que este fue el resultado de una doble elección: la de los príncipes y, al comienzo, la del pueblo.

En aquel momento, la Dieta germánica, que vigilaba estrechamente al emperador, se reunía en forma irregular en diferentes ciudades como Ratisbona, Augsburgo, Núremberg y Worms.

El nuevo soberano, que actuaba en forma sencilla, estaba cerca de sus hombres y compartía su potaje en campaña, era muy alto y no vacilaba en mofarse de sus defectos físicos. Su rostro, por ejemplo, estaba provisto de una larga nariz que, como la de Cyrano, “lo precedía un cuarto de hora”... Bromeaba sin problemas sobre su apéndice nasal, en forma de pico de águila, imposible de ignorar, porque era mejor burlarse de uno mismo que dejarle ese placer a otros. Rodolfo fue el primero en llevar ese nombre que luego sería frecuente en los miembros de la dinastía, en la gloria pero también en el infortunio. El pequeño castillo de Habsburgo revelaría un destino prestigioso: el de un monarca que sus detractores no esperaban, y que, por causa de su edad, que en esa época se consideraba avanzada, probablemente no reinaría mucho tiempo. Como lo escribió con precisión el historiador Henry Bogdan, “la familia de los pequeños señores de Argovia entró así en el mundo de los poderosos”.

Para su juego diplomático, Rodolfo tenía una gran ventaja: seis hijas casaderas. En esto también demostró su habilidad, inaugurando una política de alianzas matrimoniales que sería uno de los fundamentos del poder dinástico de los Habsburgo. El duque Alberto de Sajonia, el marqués Otón III de Brandeburgo y el duque Otón de Baja Baviera se convirtieron en yernos del emperador. Pero eso no le bastó a Rodolfo,

que pretendía consolidar su poder territorial en el este. Debía enfrentar a Otakar de Bohemia, que seguía furioso por no haber sido elegido. Otakar se negaba a devolverle al Imperio los territorios austríacos que había tomado en 1251 tras la extinción de los Babenberg. Para legitimar su poder, se casó con Margarita, hermana del último Babenberg: una astuta estrategia que no se le escapó a Rodolfo, consciente de que a veces los lazos de sangre son más seguros que las conquistas armadas. Decidido a no someterse, el vengativo rey de Bohemia fue proscrito por el Imperio cuyas leyes había violado: a esta condena se agregó su excomunión, pronunciada por el arzobispo de Salzburgo. Aislado, debilitado por algunas defecciones, Otakar debió inclinarse, literalmente, ante Rodolfo: en 1276, a las puertas de Viena, a la que solo había controlado durante dos años, el rey de Bohemia se arrojó frente al emperador. Otakar renunció a Austria y a los territorios del sur, Estiria, Carintia, Carniola (hoy en Eslovenia) y, como era de esperar, a la Marca de Windisch, donde se encontraba el castillo de los Habsburgo. En compensación, recibió de Rodolfo la investidura para reinar sobre Bohemia y Moravia. Si recibió también la tierra de Eger, al nordeste de la actual Hungría, fue únicamente como dote ofrecida por Rodolfo a su hija Judith, que se casó con un hijo de Otakar, Wenceslao II. Este matrimonio entre los hijos de los dos rivales, ¿garantizaría la paz después de la sumisión? No. El conflicto se reanudó, y recién terminaría con la batalla de Dürnkrut, en Marchfeld, la llanura pantanosa al nordeste de Viena, el 26 de agosto de 1278.

En su huida, Otakar fue muerto por austríacos de su propio entorno. Los privilegios que le había otorgado a la burguesía alemana no pudieron salvarlo. En su victoria, el emperador había recibido la ayuda de los tirolese.